

Patrimonio cultural y evangelización

Francisco Javier Martínez Medina

En los últimos años estamos asistiendo a un interesante fenómeno que se nos presenta como contradictorio; por una parte la sociedad en general se caracteriza por la indiferencia e increencia ante el fenómeno religioso, mientras por otra esta misma sociedad secularizada se muestra cada día más interesada por toda manifestación artística y cultural de tipo religioso.

Lo que podemos considerar como turismo tradicional ha despertado el deseo por conocer las catedrales, las iglesias, los museos y demás monumentos religiosos. Pero no nos referimos solamente a este tipo de interés; en los distintos estratos sociales se aprecia una inquietud generalizada por todo lo que sea conocimiento y estudio del variado patrimonio cultural de la Iglesia en sus diversas manifestaciones como pueden ser, por mencionar algunos ejemplos, el espectacular auge de la ruta jacobea en el último año santo compostelano, la numerosa afluencia a las distintas exposiciones de arte religioso e histórico-documentales que se están organizando en distintas Iglesias locales y comunidades autónomas, la curiosidad que despierta el conocimiento de los conventos de clausura y de su oculto patrimonio, el fenómeno universal que ha supuesto las grabaciones de cantos gregorianos del monasterio de Silos, etc. Los sociólogos, al interpretar estos fenómenos, nos hablan de motivaciones netamente culturales; pero ¿no podría tratarse de algo más?, o por lo menos ¿no deberíamos servirnos y encauzar estas inquietudes e incentivar la motivación religiosa?

Existen además otros datos que no conviene perder de vista. El estilo de vida de la sociedad actual ha hecho de nuestras urbes ciudades seculares; pero si atendemos a las estructuras urbanas que las vertebran, nos encontramos que los conjuntos arquitectónicos que les confieren identidad y personalidad propia son en su mayoría edificaciones religiosas: las catedrales, las parroquias, los conventos con sus campanarios, las columnas conmemorativas con o sin imágenes, las capillas y hornacinas, etc., son documentos vivos que testifican monumentalmente el hecho religioso. En su silencio sonoro hacen presente las formas de vida de los que nos precedieron y actualizan nuestro pasado histórico.

Y hablando de historia, ¿qué párroco o archivero diocesano no *sufre* las múltiples peticiones de consultas cada vez más numerosas? La promoción del estudio de las distintas formas culturales y las investigaciones históricas promovidas por universidades, centros de estudio, ayuntamientos, diputaciones etc. están haciendo de los archivos eclesiásticos documentos esenciales para conocer nuestra historia. La razón es clara: cuando en el pasado no muy lejano sólo se concebían como objeto de estudio de la historia los grandes acontecimientos y los personajes importantes -reyes, nobles, eclesiásticos y militares-, los cronistas de las casas religiosas, los cabildos y sobre todo la labor monótona y callada de los párrocos dejaban constancia escrita de la historia de la vida cotidiana y del pueblo sencillo. Sin duda ninguna, en una sociedad secular los archivos eclesiásticos son fuentes imprescindibles para el conocimiento de nuestra sociedad, de su historia y de su cultura.

Hombre, arte y religión

Desde el punto de vista histórico hay un hecho constatable: el origen del ser humano coincide con el origen del arte, y éstos a su vez son expresión del fenómeno religioso. Ciertamente arte y hombre son dos realidades íntimamente unidas. Las creaciones artísticas son funciones esenciales del hombre, insustituibles para cada individuo y para las diversas colectividades. Se identifican y se hacen solidarias con el hombre que las crea y con las culturas en que nacen, por lo que cambian según los tiempos y las latitudes; de ahí que para conocer el mundo y al hombre hay que conocer sus creaciones artísticas y viceversa.

Además, originariamente el fin de la obra de arte no era la fruición estética ni servir de elemento decorativo; su finalidad fue ser expresión del fenómeno religioso y medio para vivirlo. En este sentido no es exagerado decir que el arte nace en el momento en que el hombre tiene conciencia de sí mismo y busca su encuentro con lo trascendente. Las esculturas y pinturas prehistóricas, los santuarios y templos del mundo egipcio y mesopotámico, los de las culturas clásicas griegas y latinas, las iconografías de temática religiosa, la música, la danza, el teatro, los utensilios litúrgicos, etc., son testimonios monumentales y

plásticos que manifiestan la íntima relación que existe desde antiguo entre hombre, arte y fenómeno religioso.

La obra de arte, concebida en lo más profundo del ser humano, es manifestación exterior del mundo interior que late en la persona que la crea y en la cultura en que nace; se puede decir que toda verdadera creación artística es religiosa en cuanto que tiene su origen y expresa lo más específico que cada persona posee en su interior de la divinidad, el *aliento de vida* que Dios infundió en el hombre en el momento de su creación (Gén 2, 7), su mismo espíritu.

En uno de los discursos que Pío XII dedicó a estos temas, señalaba como una de las características esenciales que definen el arte «su cierta intrínseca *afinidad* con la religión, que de algún modo convierte a los artistas en intérpretes de las infinitas perfecciones de Dios y, particularmente, de su belleza y su armonía. La función del arte consiste, en efecto, en romper el recinto estrecho y angustioso de lo finito en el cual el hombre está inmerso mientras vive aquí abajo y abrir una ventana a su espíritu, que ansía lo infinito»¹.

El cristianismo y las artes

El cristianismo en sus orígenes se manifestó indiferente y menospreció el arte en general, y muy particularmente las imágenes. En el fondo de este rechazo se dejó sentir lógicamente la influencia de los entornos culturales en que vio la luz el mensaje cristiano, en especial el mundo judío y el pensamiento oriental. Además, el estilo de vida de las primeras comunidades cristianas supuso una radical novedad en relación con las demás formas de vida religiosa tal y como se vivían en su tiempo. Las innovaciones que introdujo la nueva religión afectaron tanto a los contenidos ideológicos como a las formas rituales.

La nueva religión fundamentada sobre la existencia de un Dios Padre, propugnaba la relación interpersonal del hombre con él en orden a la transformación y conversión en profundidad de la naturaleza humana, superando el concepto pagano de religión basado en el culto a los ídolos mediante rituales vacíos y formas externas. En adelante, los nuevos fieles no adorarían al sólo y único Dios verdadero con complicados y teatrales ritualismos externos, en lugares y santuarios concretos y en templos de piedra, hechura de manos humanas; el nuevo y auténtico culto al Dios Padre sería «*en espíritu y verdad*» (Jn 4,23), y los nuevos edificios religiosos serían los mismos fieles, templos de Dios, en los que habitaría su Espíritu (1Cor 3,16).

¹ Pío XII, *Discurso a los expositores de la VI Cuatrienal Romana*, 8 de abril de 1952.

Resulta difícil precisar cuándo y cómo se superó la oposición a las creaciones artísticas de carácter religioso en las primeras comunidades cristianas. Las incursiones en el mundo de las artes plásticas se hicieron tímidamente; se decoraron las paredes de algunas casas dedicadas al culto y se estucaron con iconografías de tipo simbólico las de los lugares de enterramiento; se adoptaron determinados espacios arquitectónicos como lugares de culto bautismal, eucarístico y martirial; se fue incorporando progresivamente una variada tipología iconográfica como medio de instrucción para el pueblo iletrado; se crearon las vestiduras y utensilios litúrgicos destacando la orfebrería, etc.

Poco a poco los cristianos de los primeros siglos permitieron las artes plásticas y se sirvieron de ellas para el culto y la formación, y junto a ellas se fueron introduciendo las artes escénicas, la música y las demás manifestaciones artísticas como ayuda para la celebración y expresión de la fe. Así, del sentimiento de rechazo de los comienzos se pasó a la plena aceptación e identificación, llegándose con el tiempo a una fructífera alianza entre el cristianismo y las artes en sus distintos géneros.

El patrimonio cultural de la Iglesia

Durante estos veinte siglos de historia las iglesias cristianas han generado las más variadas obras de arte. La diversidad de géneros artísticos y la cantidad de estos bienes dificultó en parte el darle una nomenclatura que reuniera a todos. Al principio se hablaba de patrimonio histórico artístico y documental; desde la Convención Internacional de La Haya, del 14 de mayo de 1954, se viene denominando con el término *patrimonio cultural*, concepto que incluye en su campo de lenguaje tanto los considerados géneros artísticos clásicos, como los nuevos que van apareciendo debido a la nueva sensibilidad y conciencia social.

Resulta difícil definir el concepto de patrimonio cultural; en él se incluyen las obras de los arquitectos, artistas, intelectuales, músicos, las creaciones anónimas surgidas del alma del pueblo e incluso el conjunto de valores que dan sentido a la vida. Engloba, por tanto, no sólo obras materiales sino todo aquello que expresa la creatividad de un pueblo, sus ritos, creencias, lugares de culto, folklore, archivos, bibliotecas y monumentos históricos, artísticos, literarios, etc. Según esto, entendemos por patrimonio cultural de la Iglesia en España «todos los bienes inmuebles y objetos muebles de interés artístico, histórico, documental, bibliográfico, arqueológico, paleontológico y etnográfico, en posesión de la Iglesia Católica en España producidos por ella a través del tiempo, para el

desarrollo del culto divino, el servicio pastoral del pueblo y la organización de la vida comunitaria»².

En función de estos tres fines principales se ha ido generando en torno a la Iglesia un importante y variado patrimonio cultural. Para su mejor comprensión y conocimiento lo podemos dividir según sus materias y temas en los siguientes apartados:

a) *Patrimonio arqueológico*: Comprende los yacimientos arqueológicos, los edificios y objetos en ellos encontrados, como las basílicas y los templos paleocristianos y prerrománicos, los sarcófagos, las iconografías religiosas ya sean pinturas o esculturas, etc., pertenecientes a la época Antigua y a la alta Edad Media.

b) *Patrimonio monumental*: Constituye sin duda ninguna el grupo más numeroso, admirado y conocido; lo integran dos grandes apartados que denominamos como bienes inmuebles y bienes muebles. A los primeros corresponden los edificios y conjuntos arquitectónicos: templos, monasterios, conventos y demás monumentos religiosos como las cruces, las columnas conmemorativas, etc.; también se incluyen en este grupo los retablos por su estructura arquitectónica. En el apartado de bienes muebles se incluyen numerosos y variados objetos: las esculturas y pinturas, la orfebrería y los ornamentos, los muebles, y demás objetos de uso y temática religiosa que se encuentran en los templos, casas religiosas y museos.

c) *Patrimonio documental y bibliográfico*: La escritura es el elemento común de estos dos grupos, manuscrita en uno e impresa en la mayoría de los casos en el otro. Los documentos son unos de los componentes más apreciados y desconocidos del patrimonio cultural; se conservan en los archivos diocesanos, catedralicios, capitulares, parroquiales, monacales, conventuales o en cualquier otra institución de la Iglesia. No menos importante es el patrimonio bibliográfico que guardan las bibliotecas y colecciones bibliográficas de titularidad eclesiástica, de las que forman parte las obras literarias, históricas, científicas y artísticas de carácter unitario o seriado, en escritura manuscrita o impresa, de las que nos consta la existencia de al menos tres ejemplares.

d) *Patrimonio musical*: Comprende este apartado los distintos géneros de la música religiosa, los instrumentos, los archivos y los libros de música manuscritos o impresos. Su importancia radica tanto en la calidad de los documentos contenidos en los archivos musicales y de los instrumentos, como en la riqueza

² IGUACEN BORAU, D., *Diccionario del patrimonio cultural de la Iglesia*, Madrid 1991, p. 697; cf. también la obra del mismo autor titulada *La Iglesia y su patrimonio cultural*, Madrid 1984, p. 17-20.

cultural que supone, sin olvidar la vinculación estrecha de la música con la liturgia³; además, este grupo guarda una singular relación con el patrimonio monumental por las pinturas de los libros corales miniados y por las demás representaciones iconográficas de temática musical.

e) *Patrimonio etnológico*: La ley española señala como componentes de este amplio colectivo tanto los bienes muebles como los inmuebles que constituyen las manifestaciones o creaciones laborales, estéticas y lúdicas utilizadas tradicionalmente por las comunidades o grupos humanos, junto a los conocimientos y actividades que son o han sido expresión relevante de la cultura tradicional del pueblo. Por tanto, se reúnen bajo esta denominación las copiosas y riquísimas costumbres religiosas o religiosidad popular, que comprende desde edificios y espacios, pasando por imágenes, artes decorativas, cantos, romerías, ritos, danzas, representaciones escénicas, etc.

La simple enumeración de los distintos conjuntos que integran el Patrimonio cultural de la Iglesia nos da una idea de su importancia histórica y social; sin temor a equivocarnos o exagerar podemos hablar de la historia del patrimonio cultural de las iglesias como la historia de las culturas de occidente y del oriente cristiano. A veces, con cierta ligereza hemos simplificado su contenido, limitándolo al de simples obras de arte de mayor o menor calidad estética, pero por poco que profundicemos nos damos cuenta de su importancia, no sólo como monumentos del pasado sino también como documentos imprescindibles para conocer la historia de las comunidades cristianas.

La Iglesia esta haciendo un novedoso planteamiento de las posibilidades pastorales de su patrimonio cultural asignándole un destacado papel, insustituible a veces, en orden a la evangelización. Se parte del dato constatado de las múltiples personas «de religión, cultura e ideología diversa, que se ponen en contacto con la Iglesia Católica precisamente a través del arte, de los archivos y monumentos religiosos. No tienen otro contacto; así resulta que los entes culturales son lugares de encuentro de muchas gentes con el hecho católico. Este encuentro a través del arte y de los archivos es, de hecho, para muchos un primer anuncio de la verdad cristiana que desconocen o conocen defectuosamente, para otros es un reencuentro o una afirmación y profundización en ella; pero siempre una aproximación. Uno de los carismas de la Iglesia son los grandes artistas que sin necesidad de palabra dieron forma y figura a la verdad de la religión y las representaron en formas siempre nuevas»⁴.

³ Cf. IGUACEN, D., *Diccionario...*, p.706.

⁴ IGUACEN BORAU, D., *El patrimonio cultural de la Iglesia: su interés pedagógico y catequético*: Patrimonio Cultural. Documentación-información 5 y 6 (1987) 43.

La importancia que la Iglesia ha dado a los artistas es un claro exponente de la significación y excelencia de la obra de arte, sus creaciones y sus propias vidas se han equiparado en algunos momentos con un ministerio, como si se tratase de un sacerdocio; no se entiende la historia de la Iglesia sin la historia del arte, de sus creadores y de sus creaciones. En 1965, Pablo VI comparaba a los artistas con los santos y recordaba la necesidad que la Iglesia tiene de unos y de otros, ya que ambos son testimonio del espíritu viviente de Cristo⁵. A finales de ese mismo año, en el mensaje final que el Concilio dirigió a la humanidad, se dedicó a los artistas un apartado elocuente por sí mismo: «La Iglesia está aliada desde hace mucho tiempo con vosotros. Vosotros habéis construido y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. Vosotros habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y las figuras, convirtiendo en visible el mundo invisible»⁶.

El fundamento de esta secular alianza de los artistas con la Iglesia hay que buscarla en las más genuinas fuentes neotestamentarias. En el cristianismo se da desde sus orígenes una íntima relación entre la Palabra y la Imagen, hasta tal punto que el núcleo fundante del mensaje cristiano se basa en el hecho de que la Palabra se encarnó en la historia asumiendo plenamente el ser humano, la Imagen de hombre⁷. De ahí, que san Juan nos anunciara: «Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, *lo que contemplaron y palparon nuestras manos*» (1 Jn 1,1).

San Juan Damasceno defendería la posibilidad e incluso la necesidad de representar imágenes frente a las posturas iconoclastas: «Si tú has comprendido que lo Incorpóral se hace hombre por ti, es evidente, que tú puedas ejecutar su *imagen* humana. Pues lo Invisible se ha hecho visible tomando carne tú puedes *fabricar la imagen* de lo que se ha visto..., grabada pues sobre la madera y presentada a la contemplación él ha querido llegar a ser visible»⁸. En esta misma línea argumentaría san Teodoro Studita basándose en la paradoja: «*Lo invisible se ha hecho ver*»⁹. El concepto de imagen entendido de esta manera en sentido amplio, como expresión artística exterior -ya sea plástica, literaria o musical- del mundo interior de las ideas, es un complemento importante para la

⁵ Cf. PABLO VI, *Discurso a la Academia de Arte «Beato Angélico»*, 20 de febrero de 1965.

⁶ *Concilio Vaticano II. Mensajes del Concilio a la humanidad. A los artistas*, 8 de diciembre de 1965, n.2.

⁷ Véase en este sentido la interesante obra de Paul Evdokimov, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté*, París 1972.

⁸ S. JUAN DAMASCENO, *Oratio apologetica prior adversus eos qui sacras imagines abjiciunt*, 8: PG 94, 1240 A.

⁹ SAN THEODORO STUDITA, *Antirrheticus primus adversus iconomachos*: PG. 99, 332 A.

aceptación de la Palabra, al hacer que Esta sea comprensible no solo por la inteligencia sino también perceptible por los sentidos, en especial la vista, el tacto y el oído. El fin que pretende la imagen es transmitir un pensamiento desde las categorías estéticas; se parte del principio que concibe al hombre como espíritu encarnado en la materia, que necesita de lo sensitivo y material como apoyatura y mediación de lo espiritual e inmaterial: el ser humano comprende mejor las palabras si las ve representadas, si las puede palpar y sentir.

No son nuevas estas nociones en la praxis cristiana; elocuentes testimonios encontramos en la mayoría de los grandes reformadores. De todos es conocido el ejemplo de uno de los grandes abanderados de la reforma del siglo XVI, san Ignacio de Loyola; en su libro de los Ejercicios Espirituales -sin duda ninguna uno de los pilares de la espiritualidad católica- consagra la metodología de la composición de lugar y la aplicación de sentidos, con el fin de obtener una pedagogía activa en el proceso de la revisión y conversión, una experiencia de fe radical que influya y transforme integralmente al individuo, evitando que el proceso se limite a la sola inteligencia y voluntad. Integrando los cinco sentidos la totalidad de la persona se sumerge en la experiencia de Dios; de ahí la importancia de la imagen nacida de la aplicación de sentidos del ejercitante en la composición de lugar.

El patrimonio cultural, medio de evangelización

Lo anteriormente expuesto nos introduce en la comprensión del nuevo enfoque que se da al patrimonio eclesiástico. En una sociedad caracterizada por la increencia e indiferencia religiosa ante el mensaje de salvación que anuncia la Iglesia, la *Palabra de Dios* es rechazada o, en el mejor de los casos, no es comprendida, mientras que el *patrimonio cultural* que a través de los tiempos han generado las comunidades cristianas y del que se han valido como medio para la formación, el culto y la relación con la sociedad y las distintas culturas, es estimado y admirado cada vez más por la misma sociedad y por la mayoría de sus individuos ateos, agnósticos e indiferentes ante el fenómeno religioso. No se admite la *Palabra* aunque se valora cada día más la *imagen* que la ha representado con el lenguaje de la estética, en espacios arquitectónico-cúlticos, en formas y colores, en sonidos, en los documentos y en los libros, y en las diversas manifestaciones de la religiosidad popular.

Se pretende que el lenguaje propio del patrimonio cultural cristiano, que resiste al paso del tiempo y que cada día es más admirado, cuidado y revalorizado aunque sin darle una significación religiosa, sea de nuevo cauce e instrumento para una nueva evangelización. A las masas informes de turistas que visitan nuestras catedrales, templos y museos; a los melómanos amantes del canto gregoriano y la polifonía religiosa; a las élites cultas que gustan de asistir a las

ceremonias religiosas cuando estas son solemnes; a la pléyade de investigadores que consultan nuestros archivos y bibliotecas; e incluso a muchos de esos neoconvertos que cada día más participan en la Semana Santa, las romerías y demás manifestaciones de religiosidad popular, no les mueve la inquietud religiosa ni el deseo de profundizar en la fe que no tienen en la mayoría de los casos, sino la curiosidad, el afán de enriquecimiento cultural, la mera fruición estética o el simple deseo de llenar su mundo interior vacío.

Una «reconversión» del uso que damos, o en el peor de los casos del abandono en que tenemos el rico patrimonio cultural que hemos heredado y que debemos saber transmitir enriquecido a las generaciones venideras, tendría que cambiar el modo de exhibir y explicar el arte cristiano como simple fenómeno cultural o como catequesis histórica anclada en problemas y teologías obsoletas y en devociones más o menos moralizantes. Un uso pastoral adecuado y adaptado a los signos de los tiempos debería hacernos tomar conciencia de las posibilidades pedagógicas instructivas del patrimonio cultural, e incluso de su justa utilización para mover las voluntades y de su útil ayuda en muchos casos como instrumento para la experiencia personal de fe.

Por nuestra parte y aprovechando estas circunstancias propicias, ¿deberíamos utilizar el arte con fines catequéticos?, o más bien ¿nos serviríamos del patrimonio cultural como medio para evangelizar a una sociedad descreída y agnóstica? La complejidad y diversidad de apartados con unidad temática que integran el conjunto del patrimonio, así como los diferentes destinatarios del proceso evangelizador y sus correspondientes fases, hace que distingamos varios niveles de relación o lugares de encuentro del patrimonio cultural de la Iglesia con el hecho de la evangelización.

1. Evangelizar desde la estética

¿En qué sentido y bajo qué perspectiva podemos utilizar hoy el patrimonio cultural de la Iglesia como medio de evangelización para todos aquellos no creyente que se interesan por él? Todas las creaciones artísticas de carácter religioso «están relacionadas con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas»¹⁰; por lo que son ellas mismas las más apropiadas para expresar con su lenguaje peculiar el ser mismo de Dios y la persona de su Hijo. Las creaciones artísticas se nos presentan como manifestación estética de uno de los atributos que mejor definen la divinidad y que de alguna manera abarca a todas las demás; así, al hablar de la Justicia, de

¹⁰ Concilio Vaticano II. Constitución «*Sacrosanctum Concilium*», cap. VII, n. 122.

la Verdad, del Amor, de la Bondad, etc. de Dios, hablamos consiguientemente de su Belleza.

Cuando la sociedad actual en gran parte agnóstica e indiferente ante el fenómeno religioso se acerca al patrimonio cultural de la Iglesia va buscando la belleza que por medio de él recibe. Y precisamente aquí radica la actualidad del patrimonio y la posibilidad de su reutilización con sentido pastoral: llevar a los que en busca de la belleza lo contemplan y admiran, al descubrimiento de la plena Belleza que nos manifiesta Dios en el misterio de Jesucristo, objeto central y fin último del arte religioso y en general de todo el patrimonio cultural de la Iglesia.

La belleza se presenta como una de las necesidades esenciales de las personas, uno de los anhelos del hombre y de la sociedad de todos los tiempos. Nuestra sociedad inmersa en la fealdad, la mentira, la corrupción, la insatisfacción, la violencia, la injusticia, etc. ve en la belleza un cauce en el que saciar sus vacíos interiores y sus necesidades más vitales: «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no hundirse en la *desesperanza*. La belleza, como la verdad, es quien pone la *alegría* en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste *al desgaste del tiempo*, que *une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración*»¹¹.

Con estas palabras que podemos considerar proféticas, se dirigía el Concilio a los artistas al final de sus secciones en sus mensajes a la humanidad; con el tiempo transcurrido el contenido de este texto sigue en plena vigencia, incluso me atrevería a decir que ha ganado en actualidad. Gran parte de nuestro mundo sumido en el desencanto busca en el arte, la música, y las demás manifestaciones de la cultura unos espacios que le ayuden a superar y elevarse de la frustrante realidad del entramado social en el que se encuentra inmerso. La *desesperanza*, la *tristeza* y el *desgaste y envejecimiento* prematuro del espíritu son los tributos del inhumano ritmo de vida a que muchas personas se ven sometidas.

La inquietud generalizada por conocer, contemplar, escuchar e investigar el patrimonio cultural de la Iglesia encuentra su justificación en esta búsqueda de la belleza como medio de superar la desesperanza y la tristeza, situaciones anímicas que por desgracia son habituales compañeras de camino de nuestro tiempo. Y es que la belleza no es solo un ideal utópico, sino un talante necesario para la existencia diaria. En el fondo, ¿no echamos en falta la serenidad, la delicadeza en nuestras relaciones diarias?; ¿no buscamos un talante irénico que nos da la paz?; ¿no necesitamos cada vez más la sensibilidad para poder apreciar y gozarnos en lo sencillo y pequeño que nos rodea?; en una palabra ¿no echamos

¹¹ Concilio Vaticano II. Mensaje del Concilio a la humanidad, A los artistas, n. 4.

de menos la bondad y la belleza de un espíritu auténticamente evangélico al que con frecuencia nos referimos en nuestras predicaciones y del que la mayoría de las veces carecemos?

En la grandeza de los espacios arquitectónicos, en el cromatismo de los retablos, en la conjunción de la forma y el color de las imágenes, en la armonía sinfónica de la música, etc., en fin en el vasto patrimonio cultural de la Iglesia encontramos la belleza que buscamos. Pero no debemos ni podemos quedarnos en la admiración ante la belleza formal, ante la perfección técnico-artística, ni convertir nuestros templos y claustros en museos estéticos, ni promocionar nuestro patrimonio como una oferta turística más de igual forma que los gestores de una agencia de viajes.

Tendríamos que hacer ver, en primer lugar a nosotros mismos, que todas las creaciones artísticas que integran el patrimonio cultural de la Iglesia son fundamentalmente expresión de la fe de un pueblo y de una cultura; y que esta belleza formal contiene en su interior y se debe al espíritu y a la fe de los que la crearon. *No se podrían haber concebido estas obras de arte sin un auténtico espíritu religioso.* Las obras de arte son testigos de la fe de nuestros antepasados, que resistiendo el desgaste del tiempo perviven en todas las creaciones artísticas de carácter religioso; de ahí que deberíamos descubrir a aquellos que visitan nuestras iglesias, contemplan las imágenes, escuchan música religiosa, etc., en fin, a todos aquellos que admiran y estudian el patrimonio de la Iglesia, que es expresión plástica de la fe que hemos heredado, ante el que oraron nuestros antepasados y que por medio de él nos introducimos en el tiempo pasado y nos ponemos en contacto con los que nos han precedido.

Además, el arte religioso y en concreto las imágenes son fuente de fruición estética para aquellos que las contemplan no solo por su belleza formal, sino por su contenido temático: las iconográficas cristianas representan con el lenguaje propio de las artes plásticas el núcleo central de la Palabra de Dios, el amor tan grande del Padre a la humanidad que le lleva a entregar a su propio Hijo. Las representaciones iconográficas tienen como temas principales la Historia de la Salvación centrada en Jesucristo y la vida de los santos que han vivido este misterio salvífico; el amor, la justicia, la verdad, el perdón, la reconciliación, etc., en una palabra el mensaje de Jesús, el espíritu de las bienaventuranzas. Y ¿dónde puede encontrar el hombre de hoy y de todos los tiempos más auténtica belleza que en este mensaje?

Cada día se impone más el criterio y la necesidad de una educación en los valores como respuesta a la crisis de la sociedad actual; fundamentar el ser de cada persona en especial de los jóvenes en unos principios que justifiquen su existencia y que sean el punto obligado de referencia. Tanto por parte de creyentes como de los indiferentes, se está volviendo la mirada a los valores

tradicionales que defiende el pensamiento cristiano; el tiempo trabaja en parte a favor del proceso de la evangelización.

Y precisamente aquí se abren interesantes y novedosos caminos a la acción pastoral de las iglesias. Educar en la estética debería ser uno de los puntos habituales en nuestros programas pastorales, pero teniendo en cuenta que el concepto cristiano de estética supone y supera los límites de la estética considerada desde el punto de vista meramente formalista. La belleza que propugna el mensaje evangélico supera el concepto formal; se sitúa en la inteligencia y sobre todo en el corazón del ser humano, ya que su fundamento último radica en el mandamiento del amor. Sin duda, el arte cristiano en sentido amplio desde las perspectivas antes indicadas es un instrumento útil, casi imprescindible en orden a una educación en el terreno de la estética, de la belleza como valor evangélico.

2. *Evangelizar con las imágenes*

La concepción del arte religioso como medio para la transmisión de la fe ha justificado su razón de ser en el pensamiento y en la vida de la Iglesia Católica. A lo largo de la historia las representaciones iconográficas de los misterios centrales de la Vida de Jesucristo, la Virgen y los santos han supuesto un capítulo importante en la formación y experiencia cristiana del pueblo de Dios, lo que no ha excluido los abusos que en distintas épocas y desde diversos argumentos originaron radicalismos por exceso o por defecto.

La carta que san Gregorio Magno (590-604) escribió a Sereno, obispo de Marsella, por haber destruido éste las imágenes en su diócesis «con la excusa de que no debían ser adoradas», se considera como una de las manifestaciones oficiales de la Iglesia en esta materia. El Papa alaba al obispo galo por impedir que las imágenes fueran adoradas, pero le recrimina su excesivo celo al destruirlas y privar así a los fieles, *especialmente a los ignorantes que no sabían leer*, de las enseñanzas que por medio de ellas se transmiten, ya que «una cosa es adorar una pintura y otra conocer, a través de la historia pintada, qué es lo que hay que adorar. Porque lo que la Sagrada Escritura proporciona a los que saben leer, eso es lo que la pintura proporciona a los analfabetos que saben mirar; en ella los *ignorantes* ven los ejemplos que tienen que imitar y leen lo que no saben leer. Por eso, *principalmente para los paganos, la pintura equivale a la lectura*»¹².

¹² S. GREGORIO MAGNO, *Epistola XIII. Ad Serenum Massiliensem Episcopum*: PL 77, 1128 C.

La que se puede considerar como formulación teológica y sistematización del valor de las imágenes en el pensamiento católico se debe a santo Tomás de Aquino, que como en otros tantos campos del quehacer teológico recogería el pensamiento anterior a él, a la vez que sentaría las bases para los posteriores documentos eclesiales sobre el tema. A partir de la tesis de san Gregorio que las considera medios válidos para la instrucción de los ignorantes, deduce dos nuevos argumentos que justifican su existencia: la de ser recuerdo constante de la Historia de la Salvación y del ejemplo de los que la han vivido en plenitud, y la de invitarnos a imitar el amor de Dios y la vida de los santos, temas estos habituales en las representaciones iconográficas¹³.

Estos razonamientos se fundamentan en el principio de que al hombre no le basta oír hablar una sola vez de los fundamentos de la fe, sino que necesita ver iluminado cada momento de su vida por la Palabra de Dios y por los ejemplos de la vida de los santos. Desde esta perspectiva, a las imágenes se les da en la espiritualidad cristiana el mismo valor que a la lectura asidua del Evangelio, la meditación de los núcleos de mensaje cristiano y en general de lo que se denomina como lectura espiritual o edificante. Se comprende así la importancia en la historia de la Iglesia Católica del arte en general y concretamente de las imágenes esculpidas o pintadas; su papel no ha sido en absoluto la de meros elementos decorativos sino la de elementos activos para la misión.

Sin duda, las imágenes han escrito un importante y poco conocido capítulo en la historia de la evangelización y de las misiones, tanto en las iglesias occidentales como en las orientales¹⁴. Especial mención hay que hacer del importante papel desempeñado por las imágenes religiosas como medio para la exposición del mensaje cristiano en el nuevo continente a raíz de su descubrimiento, teniendo además en cuenta que en aquel tiempo y lugar la evangelización era el vehículo principal para la colonización y conquista integral. De ahí la importancia dada a las imágenes en los reinos hispanos; se cristianizaba a la vez que se castellanizaba.

Resulta interesante el dato que nos suministra un códice coetáneo que considera a las representaciones iconográficas pintadas como libros para los indios: «Algunos religiosos han tenido la costumbre de enseñar la doctrina a los indios y predicársela por pinturas, conforme al uso que antiguamente tenían y tienen, que por falta de letras de que carecían, comunicaban y trataban y daban

¹³ Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *In tertium librum sententiarum*, dist. 9, q. 1, a. 2, sol. 2.

¹⁴ Cf. M. ALPATOV, *Le icone russe. Problemi di storia e d'interpretazione artistica*, Torino 1976, p. 35 ss.

a entender todas las cosas que querían por pinturas, las cuales les servían de libros, y lo mismo hacen el día de hoy»¹⁵

Ciertamente, las imágenes acompañadas por la proclamación de las palabras tuvieron un singular protagonismo en la evangelización de Iberoamérica, al estilo de lo que hoy denominamos medios audiovisuales. Se considera a los misioneros franciscanos como los primeros en utilizar estos métodos y en concreto a fray Jacobo de Testera, que al llegar a aquellas tierras «como no pudiese tomar tan en breve como él quisiera la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación, dióse a otro modo de predicar por intérprete, trayendo consigo en un lienzo pintados todos los misterios de nuestra santa fe católica»¹⁶.

El método se hizo habitual entre los misioneros de las ordenes religiosas: se pintaban en grandes lienzos las escenas que representaban los principales centros de interés de la doctrina cristiana, como los mandamientos, los sacramentos, los artículos de la fe, los misterios de la vida de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, etc. Después, colgado el lienzo que representaba el tema catequético del día, el predicador con un punzón iba declamando el contenido del mismo ayudado según los casos por interpretes indígenas. Lo grabados que ilustran la «*Rhetorica Christiana*» de Diego Valadés son fieles testimonio gráficos de estos métodos¹⁷.

Mucho más podríamos decir de la importancia de las pinturas religiosas en la primera evangelización americana, como por ejemplo los catecismos en imágenes o *Catecismo en pictogramas*, publicado el primero por fray Pedro de Gante entre 1525 y 1528, utilizando uno sencillos dibujos planos y esquemáticos de carácter figurativo simbólico¹⁸. Pero no es el momento ni el lugar de abundar más en este tema; basta con lo dicho para hacernos una idea de la utilización del arte en general y en concreto de las imágenes a lo largo de la historia de la Iglesia, no sólo como medio para la catequesis del pueblo cristiano sino también para la evangelización del pueblo infiel.

Según lo expuesto, ¿en qué sentido podemos aplicar hoy esta valoración de la *imagen al patrimonio cultural* de la Iglesia? ¿Podemos utilizar hoy las imágenes y en general todo el patrimonio cultural como medios de ilustración y formación de los iletrados? En nuestra sociedad no existe el analfabetismo

¹⁵ *Códice franciscano*, en J. GARCÍA ICAZBALCETA, *Nueva Colección de documentos para la Historia de México*, México 1941, p. 59.

¹⁶ MENDIETA, G. DE, *Historia eclesiástica Indiana*, Porrúa 1971, p. 665.

¹⁷ Cf. VALADÉS, D., *Rhetorica Christiana ad concionandi...*, Perusiae 1579, pp. 221 y 207.

¹⁸ Cf. CÁRCELES LABORDE, C., *Los catecismos iconográficos como recurso didáctico*, en *Evangelización y teología en América*, vol. II, Pamplona 1990, p. 1370-1379.

generalizado que caracterizaba al mundo antiguo, incluso sabemos que la Biblia es uno de los libros más difundidos; pero nuestro mundo está descristianizado y en gran parte indiferente ante el fenómeno religioso. A partir de la tesis de san Gregorio «para los paganos la pintura equivale a la lectura», podemos hablar del servicio actual del patrimonio cultural, que debidamente estudiado, organizado y dentro de una programación pastoral de conjunto podría también ser hoy *la Biblia de los ignorantes*, pero no en las letras sino *en la fe*. En la época dominada por el impactante y definitivo poder de la imagen deberíamos plantearnos seriamente la importancia del ya de por sí estimado patrimonio cultural de la Iglesia y saber responder en parte desde él al reto que nos marca la sociedad de nuestro tiempo.

Cada día debemos tomar mayor conciencia de la significación de las representaciones iconográficas, que con el lenguaje propio de las artes plásticas son una apoyatura singular del anuncio del Evangelio, al ver reforzado su mensaje con la ayuda de las categorías estéticas: la Palabra se comprende y asimila mejor si se ve representada. Una adecuada actualización del valor de nuestro patrimonio cultural ha de hacernos ver en los templos, museos y en especial en las iconografías que exhiben su contenido religioso y sus posibilidades metodológico-catequéticas, superando la concepción de meras colecciones de obras de arte donde admirar los conocimientos técnicos y el valor artístico; en pocas palabras, hacer comprender a los que los visitan y contemplan el fin para el que se crearon, la religiosidad de los que las realizaron y el servicio que a lo largo de la historia han prestado al pueblo de Dios.

3. *Evangelizar por la liturgia y el culto*

Este enunciado en principio puede parecer inexacto, cuando no equívoco. No se puede hablar de evangelizar por o desde el culto y la liturgia ya que la participación en estas supone un nivel de fe, que lógicamente ha superado la fase previa de anuncio del evangelio; pero si tenemos en cuenta la realidad actual nos damos cuenta que no andamos del todo descaminados.

En la actualidad son muchos los bautizados no practicantes y los agnósticos que a pesar de su indiferencia o increencia siguen asistiendo a las celebraciones del culto y demás manifestaciones públicas de fe, porque, si bien no la viven ni practican, les interesan la atmósfera de las mismas y el marco que las rodea. En este grupo pensamos que también debemos integrar a los nuevos adeptos a las cofradías de Semana Santa, a las romerías y demás manifestaciones de religiosidad popular, como también el interés por residir en las hospederías de los monasterios y asistir a las celebraciones conventuales; la afición por la música religiosa en concreto por el gregoriano dentro o fuera de la liturgia, etc.

Los espacios arquitectónicos cúltricos, las celebraciones litúrgicas, la música sacra, las varias tradiciones etnológico-religiosas, etc. son algunos de los bienes y demás elementos del patrimonio cultural de la Iglesia que junto con las representaciones iconográficas despiertan atractivo en muchos no creyentes, que se acercan motivados por la curiosidad, el afán intelectual y cultural, y casi siempre buscando en todos ellas la estética y el arte, en una palabra la belleza. Se comprende mejor así el enunciado con que comenzamos este apartado, evangelizar desde la liturgia y el culto.

La vinculación del arte con la liturgia es muy antigua; podemos decir que precisamente es la liturgia el medio por el que se introdujeron las artes plásticas y las musicales en las primeras comunidades cristianas: siguiendo las tradiciones judías se continuaron utilizando los salmos recitados y cantados; a raíz del edicto de Milán se fueron adoptando y adaptando espacios para el culto distintos a los templos paganos; se aceptaron las representaciones iconográficas a las que pronto se les daría culto; se fueron cristianizando los ritos y las tradiciones paganas etc.

Ciertamente, las celebraciones litúrgicas en las comunidades cristianas han estado revestidas de expresiones artísticas desde sus orígenes. En uno de sus discursos a las Comisiones de Liturgia de Italia, afirmó Pablo VI que «liturgia y arte son hermanos. De sobra son conocidas las razones profundas que no solo justifican, sino que exigen, en cierto sentido, que el acto litúrgico de la oración comunitaria y oficial de la Iglesia y de la renovación de los santos misterios, por medio de los cuales se realiza la acción divina y se actualiza la presencia divina, esté adornado de formas al mismo tiempo sagradas y artísticas»¹⁹.

Es precisamente «este adorno de formas... artísticas» lo que buscan aquellos que se acercan a los espacios y ambientes que generan nuestras celebraciones litúrgicas; ellos van en busca de los aspectos artísticos y nosotros deberíamos conseguir transmitirles juntamente los sagrados. Siempre, una adecuada utilización de estos bienes patrimoniales debe llevarnos a transmitir junto a los formas artísticas las sagradas.

La liturgia tanto oficial como popular y los bienes patrimoniales que empleamos en las celebraciones son medios espléndidos para la evangelización de los no creyentes. En este campo es ingente el trabajo por hacer: adaptar los espacios arquitectónicos evitando la monumentalidad y concepción de expositores de arte y convertirlos en espacios cúltricos donde la ordenación e iluminación invite a la celebración comunitaria de la fe y a la oración; actualizar nuestros

¹⁹ PABLO VI, *Discurso al Congreso de las Comisiones Diocesanas de Liturgia de Italia*, 4 de enero de 1967.

conocimientos sobre los distintos tipos de arquitectura en la liturgia y su dimensiones alegóricas y sobre los nuevos elementos, gestos y símbolos; dar un uso debido a los objetos que se emplean evitando caer en ritualismos barrocos y amanerados, etc.

En fin, y usando un termino habitual entre liturgistas, se trataría de mejorar nuestras celebraciones en las formas y los medios empleados, como también en el fondo; saber emplear en la forma debida los gestos y símbolos, conocer las normas y rúbricas pero no quedarnos en ellas, sino servirnos para comunicar. Celebrar es un arte, un arte difícil; todos somos conscientes de que no basta con las normas o medios, sino que lo más importante es la convicción personal y el papel insustituible de la comunidad debidamente formada para participar activamente.

Un capítulo importantísimo corresponde a la música. No siempre la reforma litúrgica ha sido llevada a cabo debidamente en lo que se refiere a este campo. Con facilidad hacemos de nuestras celebraciones conciertos con lucimiento de solistas o por el contrario enseñamos músicas ramplonas con mediocres y deformantes melodías y letras sentimentaloides.

No menos interesantes son las celebraciones de religiosidad popular, donde son elementos imprescindibles, el arte, la música, la danza, y demás elementos etnológicos. Una debida utilización de estas conmemoraciones etnológico-culturales debería evitar su manipulación con fines políticos o meramente científicos, a la vez que reducirlas a simple fenómenos culturales²⁰.

4. Evangelizar-nos desde el patrimonio cultural

Hasta ahora nos hemos referido a los bienes que integran el patrimonio cultural contemplados desde el punto de vista monumental-artístico. Junto a esta dimensión el patrimonio tiene otra no menos importante, *la documental*. De todos es conocido la importancia de los archivos y bibliotecas que ha generado la Iglesia y que con el paso del tiempo van adquiriendo mayor estima y valía; cada día son más consultados por todo tipo de estudiosos, en especial por los historiadores que encuentran fuentes imprescindibles para el conocimiento de nuestro pasado. Si siempre han sido importantes los documentos que guardan los archivos eclesiásticos -capitulares, parroquiales y conventuales-, en la actualidad están cobrando nuevo interés. Antes se buscaban en ellos noticias sobre acontecimientos importantes y sobre los personajes que habían tenido cualquier

²⁰ Cf. *El Catolicismo Popular. Nuevas consideraciones pastorales*, Carta Pastoral de los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Granada y Sevilla, 20 de febrero de 1985, en *Documentos colectivos de los Obispos del Sur de España*, BAC documentos 6, Madrid 1989, pp. 191-196, 201-202.

tipo de responsabilidad; hoy interesan también datos sobre la vida cotidiana, la familia, la formación, los oficios, la demografía, las enfermedades y la medicina, el urbanismo, etc.

Pero el patrimonio tiene también otra significativa y novedosa dimensión documental. La Constitución Pastoral «*Gaudium et spes*» considera el arte de gran importancia para la vida de la Iglesia, por tener entre sus fines el «expresar la naturaleza propia del hombre, sus problemas y sus experiencias en el intento de conocerse mejor a sí mismo y al mundo y de superarse»²¹. Según esto, el arte que crea el hombre y su respectiva cultura en la expresión exterior del mundo interior, que late en cada época y en cada generación. Aquí encuentra el patrimonio cultural su dimensión de documento imprescindible para el conocimiento y estudio del hombre en su contexto histórico y de su evolución a través del tiempo.

Detrás de cada creación artística está el hombre, la cultura y la época que la crea; conocerlas bien implica descubrir las ideas que subyacen en ellas, conscientes de que «toda forma es la vestidura de un pensamiento», que encierran algo más de lo que exhiben exteriormente, su alma. La historia del arte en sus distintos géneros es un extraordinario documento que nos ayuda a reconstruir la evolución de las ideas sociales, políticas y religiosas; de tal manera, que «quien quiera conocer a fondo la dimensión espiritual de una época debe consultar, además de la historia política, la literaria y la artística»²².

Las catedrales, los templos, los retablos, las representaciones iconográficas ya sean esculpidas o pintadas, la orfebrería, la música, etc. son documentos de la fe de nuestros antepasados, el mejor reflejo del sentido religioso de aquella sociedad. Los artistas que las crearon eran por lo general auténticos creyentes; sus biografías nos hablan de su fe y los inventarios de sus bibliotecas nos dejan constancia de sus conocimientos sobre Sagrada Escritura y teología. Sus creaciones son reflejo de la inquietud generalizada por estos temas. Además, no pocas veces, de una generación o de un pueblo lo único que pervive son sus creaciones artísticas.

De aquí deducimos otro lugar de encuentro y relación entre el patrimonio cultural y la evangelización: la condición documental del patrimonio cultural, no sólo en sus archivos y bibliotecas sino también en sus monumentos y demás creaciones artísticas, convierte a este en una fuente excepcional para el conocimiento del pasado del hombre y de su cultura religiosa. Esta cualidad le confiere la dimensión de elemento de trabajo imprescindible de todo plan

²¹ Concilio vaticano II, Constitución Pastoral «*Gaudium et spes*», parte II, cap. 2, n. 62.

²² Institución pastoral «*Communio et progressio*», 23 de mayo de 1971, n. 56.

pastoral de evangelización, que debe tener como punto de partida obligatorio el conocimiento del pasado histórico del hombre y de la cultura a la que pretende transmitir el mensaje evangélico.

Según esto, a todo lo dicho hasta ahora del patrimonio cultural de la Iglesia como medio para la evangelización, destinado principalmente a los sociedad agnóstica e indiferente ante el fenómeno religioso, hay que añadir esta otra dimensión de fuente de conocimiento y elemento de trabajo para los agentes de la pastoral misionera y medio para su misma evangelización, en una palabra la de *instrumento para evangelizarnos*. Se cumple así uno de los enunciados propuestos por Pablo VI, al hablar de que toda comunidad que evangeliza debe ser a su vez continuamente evangelizada²³.

La comunidad cristiana que usa el patrimonio cultural como medio para la evangelización, se sirve también de él al estudiar, contemplar y admirar las creaciones artísticas de las que nuestros antepasados se sirvieron para expresar y vivir su fe. Al celebrar el culto en nuestros templos, al orar ante las imágenes, al escuchar la música sacra, al asistir a las romerías y centros de peregrinación, no debemos olvidar que en estos espacios, ante estas imágenes, con esa música, etc. celebraron la fe y oraron nuestros antepasados. Por el patrimonio cultural de la Iglesia, «que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración»²⁴, entramos como en un túnel del tiempo que nos une directamente con los que nos han precedido en el signo de la fe.

Por otra parte, esta dimensión documental de las creaciones artísticas de carácter religioso nos suministra interesantes datos a tener en cuenta sobre la situación de la Iglesia en relación a la cultura y al hombre de hoy. En un mundo sensibilizado por todo tipo de manifestación artística, la ausencia de un arte cristiano con personalidad propia es testimonio en parte de una iglesia replegada en su interior de espaldas al mundo de las artes y la cultura. ¿Podría ser este fenómeno exponente de la distancia entre la Iglesia y la cultura actual o más bien de la ausencia del evangelio en la cultura o culturas actuales²⁵? Además, si se considera el campo propio de la actividad evangelizadora de los seglares «el mundo vasto y complejo de... la cultura, de las ciencias y de las artes»²⁶, ¿se podría hablar de la falta de unos grupos de seglares cristianos en el mundo de las artes y la cultura?, o más bien ¿sería esta la causa que justificaría la ausencia de muchas personas y colectivos de la cultura y las artes en la organización eclesial?

²³ Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, I, 15.

²⁴ *Concilio Vaticano II. Mensajes del Concilio a la Humanidad*, A los Artistas, n. 4.

²⁵ Cf. PABLO VI, *o. c.*, II, 20.

²⁶ PABLO VI, *o. c.*, VI, 70.

Otras muchas cuestiones nos sugieren este tema; aquí solo hemos pretendido poner de manifiesto el nuevo planteamiento en torno al heterogéneo y espléndido conjunto del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia, el privilegiado lugar que a distintos niveles está tomando en nuestros días, la importancia de éste en la organización de la acción pastoral y la necesidad de una adecuada preparación de los distintos agentes de la acción pastoral. Ciertamente, en nuestro tiempo estamos asistiendo a una «más urgente preocupación renovada de la Iglesia toda por este problema. Ya se ha hecho mucho y todavía hoy se hace un esfuerzo por corregir los errores y prevenir negligencias; pero queda aún mucho por hacer, sobre todo por medio de una continuación de la reanudada sensibilización e información acerca de este aspecto, *en modo alguno secundario*, del servicio de la Iglesia en la proclamación del evangelio y en el verdadero progreso de la humanidad»²⁷.

Francisco Javier Martínez Medina

²⁷ *Circular de la Pontificia Comisión para la conservación del patrimonio artístico e histórico sobre la necesidad de la formación y preparación cultural y pastoral de los futuros sacerdotes en orden a las responsabilidades que han de tener acerca de los patrimonios artísticos e históricos de la Iglesia*, Roma, 15 de octubre de 1992, en: Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española 37 (1993) 67.